

LA ÚLTIMA ASAMBLEA JEDI

MARTÍN GONZÁLEZ RODRÍGUEZ



**STAR
WARS**

www.martin-gonzalez.es

La última Asamblea Jedi

Un cuento de Star Wars

Martín González Rodríguez

www.martin-gonzalez.es

Título original: *La cabera Xunta Jedi: una hestoria de Star Wars*.

Martín González Rodríguez, 2023.

Esta obra es completamente gratuita y como tal la puedes descargar y compartir libremente. De ningún modo se obtienen beneficios con este contenido. La obra está escrita con fines de entretenimiento para fans de Star Wars. Sin embargo, el editor podría cobrar los gastos de producción derivados si encargas una versión impresa y encuadernada.

Este es un relato de fan de Star Wars. La propiedad intelectual del universo en el que éste se desarrolla pertenece a Walt Disney Company, Lucasfilm Ltd. LLC y otros socios de Lucasfilm Licensing.

La historia y los personajes añadidos a este universo son ideas originales de Clara Vidau González y de Martín González-Rodríguez © 2023.

ISBN: 978-1-4467-8643-7

Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana...

Rebelión

El maestro jedi Aric Tarek corría por los pasillos del Templo Jedi mientras los disparos de los blasters de los soldados resonaban detrás de él. Sin que lo supiese, se estaba llevando a cabo la Orden 66, lo que significaba que todos los jedi debían ser eliminados por los clones del ejército de la República Galáctica. El templo había sido rodeado por las tropas rebeldes, que iniciaron un asalto despiadado como parte de un golpe de Estado sin precedentes cuyo alcance y magnitud aún era imprevisible.

En medio de la confusión reinante, Aric logró reunirse con un grupo de supervivientes. Entre ellos se encontraba su fiel e inseparable amigo, el maestro jedi Gaius Dun. Ambos se conocieron el mismo día en que fueron llevados al templo, siendo todavía muy niños. Desde entonces forjaron una amistad inquebrantable. Crecieron juntos adentrándose en los misterios de la Orden Jedi de la mano de prestigiosos maestros hasta convertirse en respetados generales, luchando codo con codo en las recientes Guerras Clon.

El pequeño grupo logró refugiarse en una de las dependencias administrativas del templo, situada en la planta alta del edificio. Su principal acceso, la gran escalinata, quedó custodiado por Gaius, quien mandó construir una pequeña barricada con restos de mobiliario. Entre los atrincherados se encontraban un puñado de jóvenes padawans y algunos miembros del Cuerpo de Servicio Jedi.

El general Gaius Dun era un jedi atípico. Aunque carecía de habilidades destacadas como piloto y sus destrezas con el sable de luz eran un tanto limitadas, poseía sin embargo una comunión extraordinaria con la Fuerza, especialmente en lo concerniente al control mental.

Su valentía y audacia, pronto le convirtieron en un líder de prestigio. Destacaba en el liderazgo de comandos especiales de asalto y era altamente eficaz en operaciones de infiltración detrás de las líneas enemigas. Era célebre por ingeniar astutas tácticas que le permitieron capturar a destacados líderes enemigos y sabotear con eficacia centros logísticos y de comunicaciones.

Ferviente seguidor de las enseñanzas del maestro jedi Qui-Gon Jinn, Gaius Dun era un gran estudioso de la Fuerza Viva. En su juventud realizó un largo viaje iniciático por el planeta Dathomir, donde se rumorea que aprendió técnicas del lado oscuro de la Fuerza de manos de la Madre Talzin, una Hermana de la Noche. Estos rumores se vieron reforzados por sus posteriores largas estancias en el enigmático planeta Bardotaa. De hecho, fue el único jedi al que la reina Julia otorgó acceso al planeta tras el oscuro incidente Frangawl, en el que se vieron implicados el maestro jedi Mace Windu y el representante del senado Jar Jar Binks. Se dice que en sus misteriosas estancias en el planeta, recuperó antiquísimos conocimientos en el uso de la Fuerza, desarrollando artes oscuras. Hay quien afirma que Gaius empleaba estos poderes para leer la mente de los prisioneros que interrogaba durante la guerra.

A pesar de sus innegables cualidades, su actitud desafiante y rebelde no encajaba bien con la rigidez de la Orden. Se enfrentaba con frecuencia al gran Consejo jedi y se rumoreaba que sus desavenencias con el maestro Mace Windu eran la razón por la cual no había alcanzado aún un puesto de responsabilidad en la orden. Fue famoso su enérgico discurso en defensa de las tesis del Conde Dooku al principio de la guerra, donde puso en evidencia las contradicciones de los jedi. Estas acciones le granjearon numerosas enemistades entre sus compañeros pero también despertaron un respeto especial entre aquellos que compartían una visión más reformista de la Orden.

Con los escasos recursos con los que contaba, Gaius hizo gala de sus habilidades tácticas para establecer un dispositivo de defensa eficaz. Los pocos blasters que pudieron tomarse de la armería durante la fase inicial del ataque fueron emplazados de forma eficiente, cruzando el tiro a lo largo de la gran escalinata. Los jedi más experimentados, entre los que se encontraba el propio Gaius, se situaron en primera línea, donde rechazaban los disparos de bláster enemigos empleando sus sables de luz. Cualquier ataque frontal era

un completo suicidio y así lo pudieron comprobar los primeros clones que osaron intentarlo, cuyos cuerpos se amontonaban al pie de la escalinata. Mientras pudiesen conservar el terreno alto, aquella posición sería muy difícil de tomar.

Sin embargo, había pocos motivos para la esperanza. No en vano los asaltantes eran muchos, estaban bien armados y eran veteranos con una larga experiencia en combate forjada en años de lucha en las Guerras Clon. El pequeño destacamento de supervivientes, pobremente armado, apenas era rival para el ejército profesional sublevado. Además, el tiempo jugaba en su contra. Carecían de agua y de alimentos, así como de asistencia médica para los heridos. No podían permitir que el cerco se alargara mucho en el tiempo. Era necesario trazar un plan que permitiese romper el bloqueo lo antes posible.

Mientras Gaius dirigía la defensa, Aric Tarek, intentaba comunicarse con otros posibles núcleos de resistencia. Confiaba en averiguar qué estaba sucediendo en Coruscant y en otras zonas del templo para saber con qué fuerzas podrían contar de cara a organizar un contraataque.

El general Aric Tarek poseía una merecida fama como brillante estrategia militar. Era reconocido por su gran habilidad para analizar situaciones complejas en el campo de batalla y desarrollar estrategias innovadoras capaces de explotar eficazmente las debilidades del enemigo. Combinando su enfoque metódico con grandes dosis de audacia, solía tomar decisiones arriesgadas y ejecutar maniobras inverosímiles que, casi siempre, acababan con éxito.

Su lealtad hacia la Orden jedi era incuestionable y su amistad personal con el prestigioso maestro Ki-Adi-Mundi le había granjeado una notable influencia en el Alto Consejo jedi. Muchos estaban convencidos de que una vez finalizasen las Guerras Clon, Aric ocuparía un cargo importante en la jerarquía jedi.

A pesar de sus diferencias, Aric y Gaius eran inseparables. A lo largo de los años habían aprendido a respetar las fortalezas de cada uno. Mientras que Gaius admiraba la audacia y la visión estratégica de Aric, éste valoraba la serenidad y la sabiduría de Gaius. En medio de una galaxia convulsionada por la guerra, los dos amigos encontraron una manera única de unir sus habilidades y formar un dúo de generales temible. Su trabajo en equipo y la combinación de

sus destrezas les permitieron superar obstáculos y alcanzar sonadas victorias en innumerables ocasiones. Ambos eran conscientes de que su verdadero poder residía en la unión de sus destrezas.

La situación para el grupo empezó a volverse desesperada cuando Aric comprobó que las comunicaciones con el exterior del templo jedi habían sido cortadas. No podían recibir ayuda del exterior ni tampoco comunicar la situación en la que se encontraban. La eficacia y profesionalidad de los troopers era de sobra conocida y resultó evidente que una de sus primeras acciones fue la instalación de disruptores para controlar las transmisiones, aislando el edificio electrónicamente.

Sin ayuda exterior las esperanzas de supervivencia se diluían poco a poco a medida que se estrechaba el cerco. La gran escalinata era su única salida posible. Mantener el control de ese corredor de la muerte era vital para su supervivencia y lo iban a defender palmo a palmo. Sabían que mientras durase la lucha conseguirían fijar numerosas tropas enemigas en el cerco. Esos trooper no dispondrían de libertad para atacar otras posiciones o hacer frente a las tropas leales a la República que seguramente estarían luchando contra los insurgentes a lo largo de Coruscant. Los dos generales confiaban en que su sacrificio no sería en vano.

Aric empleó su potente comunicador holográfico Hush-98 para intentar establecer contacto con Maya Raythorne, su joven padawan, quien sabía se encontraba en el templo. Si bien no recibió respuesta alguna, su comunicador estaba encendido lo que indicaba que de algún modo seguía dentro del edificio. Lo intentó a continuación con Kira Lesh, la padawan de Gaius, cuyo comunicador ni siquiera parecía estar operativo. Esto no era una buena señal.

El maestro continuó contactando con aquellos jedis que sabía se encontraban acantonados en Coruscant y por lo tanto podrían estar en el templo. Lo intentó infructuosamente con Mace Windu, Kit Fisto y Minas Velti. Lamentablemente, ninguno de ellos respondió a sus desesperados llamados. Y lo que es peor, sus comunicadores holográficos parecían estar apagados. Simplemente no respondían a las señales enviadas. Confiaba en que se encontrasen fuera del templo. De lo contrario la ausencia de señal en sus comunicadores solo podría significar que habían sido hechos prisioneros. O peor aún, liquidados.

Aric recordó ver a Anakin Skywalker en el templo ese mismo día en algún momento antes de iniciarse el asalto. Desconocía si había logrado abandonarlo antes de la rebelión así que intentó comunicarse con él de inmediato. Aunque no respondía a sus llamadas, notó que al igual que en el caso de Maya, su comunicador se encontraba activo. Eso quería decir que Anakin estaba en el templo. Si lograsen contactar con él de algún modo, contarían con un poderoso aliado para repeler la fuerza agresora.

Súbitamente, el general cayó en la cuenta de que todas las tropas a las que se había enfrentado desde el inicio de la crisis pertenecían a destacamentos de la Legión 501. Este era precisamente el cuerpo de élite comandado por Anakin Skywalker. Era muy probable que en esos momentos el propio Anakin fuese prisionero de sus propios soldados. Eso en el mejor de los casos. Pero, ¿Y el canciller Palpatine? ¿Seguiría al mando de la República? ¿Habría sido capturado por los rebeldes? ¿Quién estaría al mando de la 501 en estos momentos? ¿El capitán Rex? Eso parecía improbable. Al general le resultaba inconcebible que soldados tan leales y nobles pudieran obrar por su cuenta en un acto de desobediencia de tal magnitud. De hecho, habían sido diseñados genéticamente para obedecer. Necesariamente tenía que haber alguien ajeno al ejército de clones implicado en el golpe de Estado. Alguien muy influyente. Alguien miembro del senado sin duda. No cabría descartar una trama separatista detrás de esto. Pensó que una vez sofocada la rebelión, la Orden iba a tener mucho trabajo para desentrañar el alcance de la conspiración.

Pero por el momento debían centrarse en el aquí y ahora. Cada minuto contaba.

Frustrado, Aric levantó la vista de su comunicador y miró hacia su compañero Gaius. El general notó que un extraño silencio flotaba a su alrededor. Si bien aún se oían algunos disparos lejanos, aquella parte del templo permanecía silenciosa y relativamente tranquila. La gran escalinata estaba despejada y los clones habían dejado de atacar. Por experiencia sabía que aquello no era nada bueno. Los enemigos preparaban algo y la sorpresa iba a ser sin duda muy desagradable. Aunque tenía un mal presentimiento, decidió que era el momento de entrar en acción.

—Tengo muy buenas noticias para tí, Gaius —dijo Aric—. Ningún jedi responde. Nadie va a venir a ayudarnos.

—¿Y eso son buenas noticias?

—Lo son porque significa que tendremos que salir de aquí por nuestros propios medios, como en los viejos buenos tiempos.

—¿Acaso tienes un plan? —inquirió Gaius.

—Sabes que siempre tramo algo—sonrió Aric—. Podemos acceder al piso inferior por sorpresa y movernos por los pasillos de servicio exteriores. Con un poco de suerte llegaremos rápidamente a la Gran Sala ceremonial, el único lugar relativamente peligroso en el que quizás tengamos que luchar para abrirnos paso. Desde allí llegaremos fácilmente a la sección de talleres. Al ser una zona destinada para droides estará muy poco vigilada. Seguramente allí conseguiremos algún vehículo para escapar.

—Me parece un plan suicida, muy típico tuyo —respondió Gaius de forma sarcástica—. Me gusta. Tus delirios casi siempre salen bien, pero... ¿cómo vamos acceder al piso inferior con la escalinata bloqueada?

Aric sonrió. Encendió su sable de luz e hizo además de trazar un círculo en el suelo con él. Estaba claro que pretendía aprovechar la enorme potencia del sable para practicar un agujero por donde huir.

—Una vez en los talleres tendremos que hacernos con algún transporte civil —continuó Aric—. Nuestra única oportunidad para sobrevivir será huir hacia el centro de Coruscant y escondernos entre la población. Esta noche será imposible escapar del planeta. Seríamos un blanco fácil para los cazas Z-95 rebeldes.

—Por eso no te preocupes —dijo Gaius—. Conozco a varios tipos poco recomendables en los niveles inferiores de la ciudad que me deben favores. Contrabandistas y traficantes que saben ocultarse muy bien. Pueden escondernos por algún tiempo.

—Excelente —contestó Aric—. Una vez allí, debemos ser cautelosos y evitar llamar la atención. Si nos movemos con discreción, podremos evadir a nuestros perseguidores. Al menos hasta que resulte factible escapar del planeta.

Súbitamente, un fuerte chasquido puso fin a la conversación. La pantalla holográfica de Aric se activó y una silueta luchó por materializarse a través de las múltiples interferencias que deformaban la señal. La figura logró finalmente estabilizarse lo suficientemente como para ser reconocible. Mostraba a una joven

twi'lek blandiendo un sable de luz. Se trataba de Maya Raythorne, la padawan de Aric.

—¡Estás viva! —exclamó Aric—. ¡Intenté comunicarme contigo muchísimas veces! ¿Dónde te encuentras?

—Estoy en el aula principal junto a los younglings, maestro. Estamos siendo atacados por un escuadrón de la Legión 501. Necesitamos ayuda urgentemente. No podremos resistir mucho tiempo.

—¿Kira está contigo? —preguntó Gaius interrumpiendo la conversación.

—Sí maestro Dun. Su padawan está con nosotros, pero está gravemente herida. Está luchando por mantenerse consciente. La hemos trasladado al aula de meditación junto con los younglings supervivientes.

—Entendido —afirmó Aric con preocupación—. Vamos a ejecutar un plan de escape que pivota sobre la Gran Sala ceremonial. Eso está muy cerca de vuestra posición. Si no recuerdo mal hay un pequeño pasillo de servicio que conecta con las aulas. ¿Tenéis vía libre hasta la sala?

—Negativo. Estamos completamente rodeados —respondió su padawan—. Los clones nos atacan también desde ese pasillo, pero es muy estrecho y resulta fácil contenerlos allí.

—Entonces debemos actuar rápido —dijo Aric—. En cuanto lleguemos a la Gran Sala atacaremos a los clones por la espalda y estableceremos contacto con vuestro grupo.

—Por favor, tengan cuidado —replicó Maya.

En ese momento, una gran nube de polvo cubrió a Maya por completo. Las comunicaciones, ya muy deterioradas, cesaron súbitamente y el holograma desapareció.

Pero no hubo tiempo para lamentos. Una serie de crujidos metálicos característicos, provenientes de la gran escalinata provocó que absolutamente todos girasen la cabeza en la misma dirección. A medida que el sonido se incrementaba, la tensión fue en aumento, especialmente entre los valientes apostados en la barricada.

—Si es lo que yo pienso, me temo que tendremos que postergar el plan de rescate —dijo Gaius.

—¡Un ejecutor táctico! —gritó Aric—. Tienen que estar desesperados para meter un AT-TE dentro del templo. Vienen a por todas.

Efectivamente, las pisadas del caminante se hicieron sentir cada vez más próximas hasta que su silueta apareció de pronto en el campo de visión de la escalinata. El robusto vehículo tenía una apariencia intimidante. Elevándose sobre sus seis patas articuladas permitía al piloto moverse por encima de los escombros esparcidos por doquier, fruto de las detonaciones y demoliciones practicadas por los soldados de asalto. En su parte frontal contaba con un cañón láser pesado dispuesto para disparar poderosos rayos de energía.

La espeluznante visión del AT-TE maniobrando para tomar una posición de combate ventajosa causó verdadero terror entre los defensores. Algunos de ellos arrojaron sus blasters al suelo y retrocedieron hasta el fondo de la Gran Sala. Gaius y Aric rompieron la tensión del momento dibujando una sonrisa irónica en sus labios. Se habían enfrentado en numerosas ocasiones a blindados enemigos y sabían que maniobrar estos vehículos entre edificaciones los hacía muy vulnerables. En combate, la experiencia supera todo.

Aric extendió su mano izquierda en dirección a uno de los blasters que se encontraban en el suelo. Empleó la Fuerza para que el arma volase hacia él, sujetándola con decisión. Con actitud resuelta se arrodilló detrás de la barricada y apuntó con cuidado en dirección al blindado.

El enorme vehículo prácticamente se había alineado con la escalinata, situándose en una posición de tiro aceptable. Se encontraba levantando el cañón para que el disparo de bláster cruzase a lo largo del corredor hacia la planta superior, donde su impacto podría acabar con todos. El artillero estaba programando el vehículo para obtener una solución de disparo. La deflagración era inminente.

Pero ésta no llegó a producirse. La posición frontal en la que se situaba el vehículo ofrecía un blanco muy reducido pero asequible para un buen tirador. Aric no desperdició la oportunidad que se le presentaba y el quarren efectuó dos disparos en muy breve espacio de tiempo, alcanzando al conductor y al artillero. El AT-TE había sido deshabilitado en segundos gracias a la habilidad del jedi.

—¡Los blasters son armas tan incivilizadas! —dijo Gaius con sorna—. Decepcionarás a Obi-Wan cuando se entere de lo que hiciste.

—Mientras nos permitan eliminar enemigos a esa distancia, bienvenidas sean —replicó Aric con una mueca—. Cada vez que intenten reemplazar al artillero contarán una nueva baja. Será como una galería de tiro.

Perfecto —dijo Gaius—. En cuanto lo intenten de nuevo y efectúes el disparo realizaré una salida de diversión por la escalinata. Iré yo solo. Estarán tan sorprendidos de verme que apenas podrán reaccionar. Mientras los distraigo, debéis aprovechar para escapar según el plan. Os cubriré la retirada y nos reuniremos en la Gran Sala.

—Lo veo suicida pero creo que al menos tendremos una oportunidad. Cuidate viejo amigo. ¡Que la Fuerza te acompañe! —concluyó Aric.

En ese preciso momento un segundo AT-TE apareció en escena. Pero en esta ocasión los tripulantes tomaron nota de lo ocurrido con su predecesor. En lugar de poner a tiro las cabinas del piloto y del artillero, el blindado pudo maniobrar fuera del campo de visión de Aric para asomar tan solo el extremo del poderoso cañón. Ahora el arma apuntaba diagonalmente hacia un objetivo situado en la planta inferior, justo debajo de la posición que ocupaban los resistentes. El vehículo se detuvo con un chasquido y todos oyeron el inicio del proceso de carga de los rayos de energía.

—¿Qué hacen? —preguntó Gaius—. Desde esa posición no podrán dispararnos.

De repente, Aric comprendió en toda su extensión lo que estaba ocurriendo.

¡Todo el mundo a cubierto! —exclamó Aric—. ¡Deprisa! ¡Van a disparar a las columnas de sustentación del piso inferior ¡Pretenden demoler esta planta del edificio!

Pero el aviso llegó demasiado tarde. La andanada cogió a los sitiados por sorpresa. La enorme explosión hizo estremecer todo el edificio. El suelo se hundió bajo los pies de los defensores y una enorme bola de luz y calor los envolvió por completo.

El Código

El jedi yacía inerte en el suelo envuelto en una manta de polvo que flotaba en el aire. La onda expansiva de la tremenda explosión y el desplome del suelo lo había dejado inconsciente y vulnerable en medio de la destrucción.

A medida que recuperaba la consciencia, sintió un fuerte peso sobre su pecho, como si un gigante invisible lo aplastase lentamente. Su respiración era entrecortada y asfixiante, dificultada por la espesa capa de polvo que llenaba el aire y se filtraba en sus pulmones. Sus párpados pesaban como una aleación de neuranio, pero luchaba por abrir los ojos deseando ver qué había ocurrido.

Se esforzó por moverse, sintiendo cada músculo protestar en agonía. Su mente, todavía en un estado de confusión, luchaba por comprender la magnitud de la tragedia que lo rodeaba. Poco a poco, su toma de consciencia fue cobrando forma, como las piezas de un rompecabezas que se unen lentamente.

Con una fuerza renovada y un sentido de propósito, se impulsó hacia adelante, liberándose de los escombros que lo estaban reteniendo. El dolor que sintió fué inmenso. Tenía quemaduras y desgarrones por todo su cuerpo. Nada que una noche en un tanque de bacta no pudiese arreglar, pero su brazo izquierdo estaba muy mal y sin duda requeriría cristales de Fuego Sanadores. Le colgaba de forma lastimera y posiblemente estaba roto en varios sitios. El dolor era insoportable y tuvo que hacer acopio de todo su poder mental jedi para ignorarlo.

Finalmente, Gaius Dun se incorporó.

Debido al devastador ataque, toda la zona estaba a oscuras. Las sombras que lo envolvían se convirtieron en un símbolo sombrío de la situación en la que se encontraba. No solo era una oscuridad física, sino también una oscuridad emocional que amenazaba con abrumarlo.

A medida que avanzaba entre los restos del edificio derrumbado, tuvo que encender su sable de luz para iluminar el camino. Era una suerte que aún contase con él y más insólito aún, que todavía funcionase.

Todo a su alrededor era una escena desoladora. La zona había sido reducida a un montón de escombros y ruinas. Los muros se

habían derrumbado, las estructuras se habían desmoronado y el techo había colapsado en una nube de polvo mortal.

La visión de cuerpos inmóviles despertó en él un sentimiento de profunda tristeza y desesperanza. Sus compañeros, que alguna vez compartieron su misión y propósito, ahora estaban inmersos en un mar de muerte y destrucción. Durante un largo período de tiempo buscó sin éxito el cuerpo de su amigo Aric Tarek, mientras se preguntaba cómo es que él aún seguía vivo.

Estaba claro que los clones lo dieron por muerto y que la Fuerza le había tratado con un enorme respeto.

El silencio absoluto y la ausencia de troopers en la zona le indicó que era muy probable que los combates hubiesen terminado. La resistencia había cesado por completo. Era el momento propicio para intentar abandonar el templo sin ser descubierto.

Pero antes, tenía que rescatar a sus padawans.

Tambaleándose y tosiendo llegó a la entrada de acceso a uno de los corredores laterales del templo. Antes de adentrarse en él se giró y dió una última mirada al montón de escombros. Se despidió mentalmente de su amigo Aric. Seguramente el quarren era ya uno con la Fuerza. El jedi no pudo evitar que sus ojos se humedeciesen.

Se desplazó sigilosamente por el corredor evitando como pudo los escombros que lo jalonaban. También tuvo que esquivar varios cuerpos que yacían a lo largo de la vía. Jedis y soldados se entremezclaban. La lucha debió ser intensa allí.

El maestro era consciente de que la tensión del momento podía nublar su pensamiento y llevarle a tomar decisiones erróneas en un momento crítico. Optó por centrar su mente en el presente a través de la meditación de las cinco líneas esenciales del Código jedi. Recitar el mantra milenario en el contexto de una batalla era una efectiva técnica de meditación que le enseñó su maestro hacía ya mucho tiempo, cuando todavía era un niño. Siempre le estuvo agradecido por ello pues le resultó de gran ayuda para resolver con éxito situaciones extremadamente delicadas durante las Guerras Clon.

—No hay emoción, hay paz—

Al doblar una esquina divisó un par de soldados clon que hacían guardia al final del pasillo. Ellos también notaron su presencia y le dieron la bienvenida con una serie de disparos muy precisos. Bloqueó con dificultad los rayos con su sable de luz comprendiendo que con una sola mano le resultaría muy difícil reflejarlos hacia sus atacantes con la precisión requerida. El paso estaba bloqueado.

El jedi optó entonces por usar una técnica que había desarrollado junto con Aric Tarek en el reciente asedio de Saleucami. El truco les resultó muy efectivo para avanzar por los estrechos túneles de acceso al generador de escudos perimetrales de la ciudad. Apagó su sable y lo arrojó con fuerza hacia los clones estirando su brazo sano hacia atrás para tomar impulso. La empuñadura del sable viajó en línea recta por mitad del pasillo en dirección a los soldados, los cuales dejaron de disparar sorprendidos. Controlando la trayectoria con la mente, hizo girar el sable sobre sí mismo a gran velocidad. En el momento justo en el que iba a pasar entre los dos soldados, el jedi activó el sable ejerciendo presión mental sobre el botón. El rayo de luz actuó como una enorme segadora partiendo a los clones por la mitad.

—Espero que hayáis disfrutado del regalo de Aric— espetó Gaius al pasar entre los dos cuerpos mientras atraía la empuñadura del sable hacia su mano empleando la Fuerza.

Cruzó la puerta que custodiaban los troopers alcanzando el salón de los Archivos Jedi. Allí se encontró con una escena terrible. Las estanterías estaban volcadas, los holocrón, contenedores de sabiduría jedi, yacían destrozados por doquier. El fuego ardía en varias áreas y amenazaba con acabar con las pocas estanterías que aún se encontraban intactas. Con el sonido lejano de las voces de los clones resonando en sus oídos, Gaius se adentró en las secciones más profundas de la gran instalación bibliotecaria. A medida que avanzaba, contempló como las estanterías carbonizadas se balanceaban y se desmoronaban arrojando polvo y escombros por todas partes. Las reliquias y los artefactos de la biblioteca se rompían al caer al suelo, añadiendo un sonido de estruendo al caos general.

No encontró ningún cuerpo en el Archivo Jedi. Era evidente que allí no se produjo batalla. Solo había destrucción gratuita. Aquellos ignorantes habían venido a destruir la cultura, a deshacerse del legado del conocimiento jedi acumulado durante generaciones. Un milenio de historia había sido destruido. La victoria de aquellas

bestias extendería una oscura sombra sobre la República. La diversidad cultural de sus planetas y la libertad serían restringidas. A buen seguro triunfaría la discriminación y la exclusión. Pero solo sería el comienzo —pensó el general— pues donde se queman libros también se queman personas.

Asqueado, Gaius abandonó el archivo a través de uno de los conductos del techo, en los que se distribuían los sistemas de ventilación y de comunicación. Conocía muy bien los laberintos de tubos repletos de cables que recorrían buena parte del templo. Cuando era un youngling los utilizaba con asiduidad para esconderse de los castigos o como acceso secreto para infiltrarse en las aulas cuando llegaba tarde a clase. En muchas ocasiones también los empleó en sentido contrario, abandonando las lecciones que le resultaban aburridas para refugiarse en el Archivo Jedi. Allí contaba con el amparo y la complicidad de la Maestra Archivista Jocasta Nu quien estimulaba su curiosidad proporcionándole multitud de holocrones repletos de conocimiento. Fue de este modo como, a espaldas de sus maestros, empezó a introducirse en los secretos de la Fuerza Viva y conoció el misterioso culto Frangawl cuyo estudio se convertiría en su pasión a lo largo de toda su vida.

—No hay ignorancia, hay conocimiento—

Recordó con cariño a Jocasta Nu y se preguntó cuál sería su destino. Consciente de la profesionalidad de la Maestra Archivista, Gaius estaba seguro de que la insurrección la habría sorprendido trabajando en el gran archivo. Sabía que, de estar en su puesto, Jocasta Nu jamás habría permitido aquella destrucción. No habiendo cuerpos en la zona, quiso pensar que la venerable jedi pudo escapar a tiempo, si bien su experiencia le decía que lo más probable es que la Maestra habría sido ajusticiada fuera del recinto. Sus ojos se volvieron a humedecer, pero esta vez no pudieron contener unas lágrimas que le resbalaron lentamente por la barba.

Se arrastró penosamente por los estrechos conductos en una travesía que se le hizo eterna. Llegó por fin a una amplia recámara en la que había una pequeña rejilla de salida. Si su memoria no le fallaba, la abertura debería estar prácticamente encima del aula de meditación, la última posición reportada por Maya.

Derribó la rejilla de una patada con sus fuertes botas de cuero. Atravesó el pequeño agujero con sus pies por delante gimiendo de dolor al golpear sus quemaduras con la abertura. Quedó colgado por unos instantes del conducto antes de caer rodando por el suelo amortiguando el impacto.

Se incorporó lentamente en una pequeña habitación iluminada tan sólo por la tenebrosa luz de las llamas que se dejaban entrever por las ventanas. Comprobó que se hallaba en una de las aulas de entrenamiento de los younglings, los niños aprendices de jedi que aún no tenían asignado un maestro. Al mirar a su alrededor se encontró con una escena desgarradora. Los muebles de la estancia estaban volcados y destrozados, evidencia de la lucha que había tenido lugar allí. El suelo estaba cubierto de manchas oscuras. Jóvenes cuerpos yacían esparcidos por doquier. Algunos estaban tumbados boca arriba con los ojos cerrados y una expresión de dolor en sus rostros. Otros reposaban en posiciones retorcidas y antinaturales. Gaius Dun quedó horrorizado ante la vista de aquellos jóvenes, identificando a muchos de ellos como sus alumnos. También pudo reconocer a los padawans de algunos conocidos caballeros jedi. Incluso distinguió a varios jóvenes caballeros que recibieron el grado antes de lo que se acostumbraba, debido a las imperiosas necesidades de la guerra. Concluyó que en las salas de enseñanza se produjo el último acto del asalto al templo. Allí dieron su vida las últimas generaciones jedi. El futuro de la Orden había sido prácticamente aniquilado.

Súbitamente un dolor intenso le nubló la mente. Acababa de descubrir la figura de su joven padawan entre los cuerpos que se extendían por la habitación. La pequeña Kira Lesh yacía boca arriba en el suelo. Un poco más allá, vislumbró también el inconfundible cuerpo de Maya Raythorne, la joven padawan twi'lek de Aric. El jedi hizo un grandísimo esfuerzo para controlar sus emociones, lo que consiguió a duras penas. Le resultó extremadamente difícil apartar de su mente la sombra de un intenso odio perturbador, claro preludeo del Lado Oscuro.

Desolado, se sentó junto al cuerpo de Kira y recostó con mucho cuidado la cabeza de la jovencísima rodiana entre sus muslos acariciando con mucho cariño la verde frente de su padawan. Sin poder evitarlo, su mente se vió súbitamente envuelta por una tenebrosa imagen del inmediato pasado de la muchacha. En su

visión, la padawan luchaba heroicamente defendiendo con su sable de luz la vida de un grupo de jovencísimos younglings que se arremolinaban desconcertados detrás de ella y con el terror nublando sus mentes. A través de los ojos de Kira pudo vislumbrar con asombro como de entre los asaltantes surgía un siniestro personaje de rostro oculto, portando un sable de luz encendido.

El dominio de la Fuerza Viva, la energía de todas las cosas que han vivido, es un poder que muy pocos jedi poseen y cuyo control y maestría requiere de toda una vida de estudio y dedicación. Gaius Dun tenía sin duda una sensibilidad especial que ningún jedi había alcanzado jamás, lo que le ganó el respeto y temor de sus compañeros. Su dominio del Tai Vordrax, la técnica para revivir experiencias del pasado a través de la Fuerza presente en los objetos era tan intensa, que en ocasiones era capaz de recibir visiones de forma espontánea, sin pretenderlo. Para la mayoría de sus compañeros, se trataba de un arte oculto, muy cercano al Lado Oscuro de la Fuerza. De hecho, el Consejo Jedi desaconsejó expresamente su empleo en personas muertas, dado que las emociones que preceden a una muerte violenta son tan intensas que la persona fallecida probablemente habría tenido algún contacto con el Lado Oscuro, arrastrando con ello a quien osara revivirlas.

Pese al enorme peligro que representaba, desvelar la identidad de la siniestra figura a través de la psicometría era quizás la única oportunidad que le quedaba a Gaius para averiguar por qué su mundo se había vuelto completamente del revés. La información obtenida podría ser crucial para intentar salvar lo que quedaba de la Orden Jedi.

A través del imprescindible contacto físico con la padawan, Gaius decidió entrar en comunión con los restos de la Fuerza Viva que aún permanecían en el cuerpo de Kira iniciando un proceso de meditación que le puso en trance. Prácticamente de inmediato, su mente se pobló de visiones que le mostraron el drama de los momentos finales de Kira. A través de los ojos de la muchacha revivió la irrupción en la sala de un grupo de clones liderados por la figura oscura. Vió como éstos ejecutaron la matanza sin rastro alguno de piedad ni de emoción. La visión mostró a la joven Maya protegiendo a Kira hasta el final, dando su vida por defender a los últimos padawans supervivientes. Pudo sentir a través del cuerpo de su

padawan como ésta yacía postrada en el suelo gravemente herida y desarmada suplicando piedad.

Contempló con horror como el tenebroso personaje se plantaba ante Kira, descubriendo su rostro ante ella. Su cara se volvió totalmente nítida, despojándose por completo del halo de oscuridad que la rodeaba. Para su sorpresa, la figura se reveló como el caballero jedi Anakin Skywalker.

Era el Elegido.

Horrorizado, Gaius Dun contempló como Anakin aniquilaba fríamente a los últimos niños supervivientes para acto seguido, ejecutar también a su padawan atravesándola cruel y lentamente con su sable de luz.

El maestro salió del trance con su mente totalmente nublada. Anakin Skywalker el héroe de la República, había traicionado a los jedi y lideraba la matanza de jóvenes inocentes. Era él quien conducía a las tropas clon hacia la total destrucción de la Orden Jedi. Era él quien lideraba la insurrección. Era la Legión 501, sus tropas escogidas, la que actuaba como su puño ejecutor.

Completamente exhausto por el esfuerzo mental realizado, Gaius se derrumbó junto al cuerpo de la joven padawan. Normalmente el empleo del Tai Vordrax requería de una concentración mental extrema, especialmente cuando se empleaba sobre seres muertos o cuando se viajaba muy atrás en el tiempo. La mente del jedi era ahora un torbellino de pensamientos y emociones abrumadoras entrelazados en sentimientos de tristeza profunda, desesperanza y decepción. Tanto su cuerpo como su mente salieron maltrechos de aquella experiencia. Consciente de la gravedad de la situación, recurrió de nuevo a la meditación para restablecer su equilibrio.

—No hay caos, hay armonía—

Mientras se recuperaba lentamente, comprendió que quedaban pocas esperanzas para la Orden Jedi. Necesitaba contactar urgentemente con los miembros supervivientes del Consejo Jedi a fin de organizar la defensa y neutralizar la rebelión liderada por Skywalker. Afortunadamente, la mayoría de sus miembros se encontraban lejos de Coruscant, participando en diversas misiones para liquidar los últimos reductos separatistas y poner fin a la guerra. Eso los ponía fuera del foco de Anakin. Seguramente podrían

organizar una contraofensiva general sobre Coruscant al frente de las tropas leales destacadas por toda la galaxia. Sabía con certeza que su amiga Depa Billaba y el poderoso Plo Koon se encontraban en misiones fuera del planeta.

Gaius debía abandonar el templo lo antes posible y comunicarles lo sucedido desde un lugar seguro. Urgía avisarles de quien estaba al mando de la insurrección para que no cayesen en la trampa de Skywalker. Luego intentaría organizar la resistencia en la capital de la República. Quizás pudiese contactar con la maestra Shaak Ti y otros jedís supervivientes que aún seguían en Coruscant para centrar la defensa en torno al canciller Palpatine. Esperaba que el líder de la República no hubiese sido capturado aún por Anakin. Quizás aún conservase el poder escondido en algún lugar del planeta. Desde luego, el tiempo corría a favor del traidor y era menester neutralizarlo lo antes posible.

Aún muy debilitado por el esfuerzo realizado, se incorporó lentamente y se dirigió tambaleante hacia la puerta del aula. La habitación estaba muy próxima a la Gran Sala ceremonial y seguramente podría llegar a ella sin ser visto empleando el pasillo de servicio. Antes de abandonar el aula, giró su cabeza para contemplar por última vez a su querida padawan Kira Lesh. Juró por su memoria y la de todos los jedís caídos en aquella terrible jornada hacer todo lo que estuviese en su mano para salvar a la Orden y restablecer el equilibrio.

Avanzó afanosamente por el largo pasillo de servicio apoyándose de vez en cuando en la pared. El trayecto se le hizo muy penoso al tener que esquivar constantemente los cuerpos que lo jalonaban. Tal y como indicó Maya, la batalla fue muy intensa en ese frente. Aunque estaba agotado, se recuperaba rápidamente. Sin embargo, el dolor de sus heridas le nublaba la mente, especialmente el terrible estado de su brazo izquierdo. Se detuvo a mitad de camino y abrió con dificultad una de las cartucheras de su cinturón. De allí extrajo un comunicador personal con el que estableció contacto con su droide astromecánico empleando una transmisión codificada.

—Escucha con atención M1X-4, necesito que prepares mi caza Delta-7 para una misión muy importante —ordenó Gaius—. Posiblemente somos la última esperanza de la Orden Jedi y debemos

partir de inmediato hacia el planeta Stewjon para reunirnos en secreto con la maestra Selene.

El astromecánico confirmó la orden desde los talleres situados justo debajo de la Gran Sala ceremonial. Desplegando sus ruedas, se dirigió rápidamente hacia el interceptor ligero clase Aethersprite de Gaius Dun.

Sin embargo, Gaius recordó la sabia reflexión que hizo su amigo Aric Tarek y cambió súbitamente de parecer.

—Olvida lo que te dije Mix-four —ordenó Gaius—. El espacio aéreo de Coruscant debe estar en manos de la 501. Volar fuera del planeta en este momento es una misión suicida.

M1X-4 confirmó la contraorden entre pitidos.

—Afirmativo Mix-four —aclaró Gaius—. Anakin está detrás de la rebelión. Escucha con atención. Quiero que subas al aerodeslizador de Aric Tarek y lo llesves hasta la puerta de los talleres, la que está justo debajo de los ventanales de la Gran Sala ceremonial. Espérame allí y prepárate para salir a toda velocidad hacia los niveles inferiores del planeta. Si alguien te pregunta, le dices que estás esperando a un personaje importante para llevarlo a cenar.

En el argot del ejército repúblicano, *llevar a alguien a cenar* significaba trasladar a un prisionero al centro de interrogatorios. Gaius pensó que esa frase no levantaría sospechas entre los clones. Tampoco lo sería utilizar el speeder RGC-16 de Aric. Su amigo estaba orgulloso de su vehículo pero en realidad era un trasto bastante vulgar. Los troopers bajo su mando habían confiscado muchos vehículos similares durante la guerra, así que supuso que no les resultaría insólito que alguien lo usara en el transporte de prisioneros. Además, un vehículo tan corriente levantaría pocas sospechas circulando por los niveles inferiores de Coruscant. Ceder prestado su preciado vehículo, sería un servicio póstumo de su amigo Aric.

El jedi siguió su camino y tras terminar de atravesar el pasillo entró en la Gran Sala con mucha precaución. Se trataba de un inmenso espacio completamente diáfano de planta octogonal coronado por una cúpula de cristal y rodeado de amplios ventanales. Aquella magnífica instalación se utilizaba para la celebración de grandes ceremonias trascendentales y ritos de paso.

Para su alivio, la sala se encontraba completamente vacía a excepción de los cuerpos de un buen número de soldados y jedís que

yacían inmóviles en el suelo. Las paredes, antes impecables, exhibían ahora marcas de disparos, testigos mudos del enfrentamiento que allí se llevó a cabo. El silencio pesaba en el ambiente solo interrumpido por el tenue murmullo del viento que se filtraba por las ventanas rotas.

El maestro reanudó su andadura atravesando la sala con precaución para dirigirse hacia las escaleras de acceso a los talleres. Pero justo cuando se encontraba debajo de la gran cúpula, se detuvo consternado. Su cuerpo se estremeció mientras su mente se oscurecía con visiones de acontecimientos futuros. Su gran sensibilidad a la Fuerza le hizo percibir la proximidad de una gran sombra oscura que estaba a punto de cruzar el umbral principal de la sala.

Cuando se giró hacia la entrada, la oscura silueta de Anakin Skywalker se dibujaba ya contra la luz que se filtraba por la puerta principal de la Gran Sala.

—¿A dónde crees que vas, Gaius?

El joven jedi encendió su sable de luz y avanzó amenazador hacia el general. Le acompañaban un grupo de troopers, quienes se desplegaron rápidamente formando un amplísimo círculo alrededor de los dos jedi.

Esta vez no había escapatoria posible para Gaius. No tenía ninguna oportunidad ante tal número de enemigos y empezó a prepararse mentalmente para ser uno con la Fuerza. Sabía que en cualquier momento caería bajo los blasters de los clones. Lo que no permitiría de ningún modo era ser ejecutado directamente por aquel traidor altanero.

—¡Anakin!, ¿Cómo pudiste hacer esto? —exclamó Gaius—. ¡Asesinar a jóvenes indefensos! ¡Todo esto va en contra de lo que los jedi representan!

—Lo siento Gaius. No puedo seguir con el dogma de los jedi —replicó un siniestro Anakin—. La Orden está corrompida y no puedes culparme por ello. Tú mismo lo denunciaste repetidamente tras la farsa de juicio que le hicieron a mi padawan, Ashoka Tano.

—Conoces bien mi profundo desprecio hacia la autoridad infalible —contestó Gaius midiendo sus palabras—. Pero el cambio debe lograrse a través de la cooperación deliberada y libre entre iguales. Jamás mediante una dictadura, cualquiera que sea su naturaleza. Y eso es precisamente lo que traes contigo.

La tensión entre los dos jedi era cada vez mayor. A medida que aumentaba, la libertad en la galaxia se acercaba al borde del abismo. La Orden Jedi llegaba a su fin.

—Fui traicionado por los jedi y por la República —replicó Anakin—. No me obligues a luchar contigo. Pensé que lo entenderías. Eres el único jedi al que aprecio. El único que defendió el legado del Conde Dooku ante el Alto Consejo Jedi.

—Cometes un grave error Anakin —respondió Gaius con cuidada calma—. El verdadero Orden es la abolición de la Autoridad. Lo que Dooku predicaba era justo lo contrario. ¿Qué hay de tu lealtad a la Orden Jedi? ¿Acaso no significa nada para ti? ¿Qué crees que conseguirás destruyendola?

—Confíaba en que te unieses a mí para limpiar la República —dijo Anakin—. No me detendré ante nada para conseguirlo. Si no lo haces, no tendré otro remedio que matarte. Pero antes de morir vas a revelarme tus secretos. He venido a hacerme con todo el Poder.

—¿Mis secretos con la Fuerza? —dijo Gaius con incredulidad—. ¡Ven a por ellos Anakin! —concluyó Gaius con sorna mientras encendía su sable de luz adoptando una posición defensiva.

Al oírlo, Anakin inició el ataque, empezando una danza mortal de destellos de energía. Conocido por su poder y habilidad excepcionales, el joven jedi desplegaba una maestría sin igual en cada movimiento. Gaius por su parte estaba en desventaja. Con su brazo izquierdo herido y agotado por el esfuerzo mental realizado, se veía limitado en sus movimientos. A pesar de esta desventaja, se mantenía valiente y decidido, buscando cualquier oportunidad para contrarrestar los ataques de su oponente.

El zumbido de los sables de luz al chocar llenaba el aire y producía un extraño eco en la Gran Sala. Los jedi se movían con gracia y velocidad observados atentamente por el escuadrón de troopers. Anakin aprovechaba su fuerza y destreza ejecutando movimientos fluidos y precisos intentando superar a Gaius en cada encuentro. Por otro lado, Gaius se movía con lentitud pero esquivaba hábilmente los ataques de Anakin.

A pesar de su tenacidad, Gaius comenzaba a mostrar señales de fatiga y agotamiento. La fuerza y resistencia de Anakin eran notables y su maestría en el combate se hacía cada vez más evidente. Los ataques de Anakin eran más rápidos y contundentes y Gaius luchaba por mantenerse a la altura.

Finalmente Gaius fue superado. Agotado y herido, ya no podía defenderse adecuadamente contra los embates implacables de Anakin. En un momento crítico del duelo, Anakin desarmó a Gaius Dun, cuyo sable de luz salió despedido hacia un rincón de la sala. Skywalker aprovechó la oportunidad para sujetar firmemente a su oponente por el brazo herido, causándole un dolor intenso que se propagó por todo su cuerpo. Gaius, próximo al desmayo, gritó con angustia cayendo postrado al suelo de rodillas totalmente indefenso ante su oponente.

Pero en un movimiento audaz, Gaius decidió utilizar sus poderes ocultos.

—No hay pasión, hay serenidad—

Aprovechando el contacto físico con su oponente y a pesar de que estaba jugando con su último aliento vital, Gaius entró inmediatamente en trance. Sus ojos en blanco se movieron a velocidad vertiginosa visualizando los acontecimientos inmediatamente anteriores al momento presente. El tejido temporal de la Fuerza Viva vinculada a Anakin le permitió viajar mucho más lejos en el pasado de lo que pudo hacerlo con su padawan. Durante su trance revivió el momento en el que Anakin asesinaba a los jóvenes younglings. Solo que esta vez lo hizo desde el punto de vista de Skywalker en lugar del de su joven padawan. Reconstruyó cómo el joven asesinó a la maestra Shaak Ti. Se estremeció al descubrir a Anakin rindiendo pleitesía a un Lord Sith, que no era otro que una versión cruelmente deformada del canciller supremo Sheev Palpatine. Vió como Anakin traicionó al maestro Mace Windu y cómo éste fue asesinado por el Sith. Pero en el momento álgido de comunión mística con la Fuerza Viva, Gaius viajó mucho más lejos en el pasado, hasta un plano temporal muy, muy lejano...

Ahora Gaius conocía toda la verdad.

Cuando Anakin Skywalker soltó el brazo de Gaius Dun, éste se deslizó lenta y lastimosamente hasta el suelo, donde quedó tendido boca arriba y totalmente exhausto. Desde la frialdad del pavimento, sus ojos buscaron con una mirada glacial al joven Sith.

—Pusiste tus habilidades al servicio de un Sith —murmuró Gaius con un hilo de voz—. ¿Cómo pudiste traicionar a la Orden Jedi, Anakin? ¿O quizás debería empezar a llamarte... Darth Vader?

Al oír estas palabras una mueca de sorpresa se dibujó en el rostro de Anakin. Solo Palpatine estaba presente cuando juró lealtad al Sith bajo el nombre de Darth Vader. ¿Cómo era posible que Gaius Dun lo hubiese averiguado? Quizás aquellos rumores sobre el brujo capaz de leer mentes eran ciertos. Era evidente que aquel jedi gris que yacía vencido a sus pies era demasiado peligroso. Había que eliminarlo. Pero antes tenía que arrebatarse su mayor poder. Aquel que Gaius escondía con el mayor celo y que era la razón por la cual Skywalker había vuelto al templo.

—Veo que conoces mi nuevo nombre —replicó Darth Vader—. Tus poderes son realmente impresionantes Gaius. Pero yo también conozco alguno de tus secretos. Aquel que te atormenta desde hace ya varios años. He venido a por tu hija, Gaius. Quiero que me entregues a Tisha.

Las pupilas de Gaius se dilataron súbitamente. Con un doloroso esfuerzo levantó su torso del suelo y miró al Sith con firmeza.

—Si, Gaius. La youngling Tisha es la hija que tuviste en secreto con la maestra Selene Voss —anunció un Vader desafiante—. ¿Acaso el Código Jedi no prohíbe la paternidad? ¿Qué opinaría de ésto el Alto Consejo Jedi?

Gaius comenzó a arrastrarse penosamente hacia atrás, alejándose del Sith. Sus gemidos de dolor al rozar el suelo con sus llagas retumbaban en la gran cúpula, dándole a la escena un aire dramático a la vez que patético. El jedi se encontraba totalmente agotado por el esfuerzo mental que había empleado para interpretar la Fuerza Viva y se movía con muchísima torpeza.

Satisfecho, el Sith disfrutaba del sufrimiento de su oponente. La escena era seguida por la mirada incrédula de los troopers, quienes uno a uno, se fueron quitando el casco de su armadura para observar mejor el inevitable final del general jedi.

—Hace años que conozco que hiciste pasar a tu hija como una youngling huérfana para recibir formación en el templo —dijo un Vader triunfante—. Se que Selene y tú la habéis estado protegiendo en secreto desde entonces. Es la hija de dos poderosos jedi y la sobrina de un legendario maestro. La Fuerza es extraordinariamente

poderosa en ella y representa un enorme peligro para el nuevo Orden. Comprenderás que debe ser eliminada.

Justo en ese momento, Gaius Dun alcanzó el centro mismo de la Gran Sala. Con dificultad se puso de rodillas, sentándose sobre sus talones. Tras adoptar la posición tradicional de meditación, bajó la cabeza sobre el pecho y cerró sus ojos para entrar de nuevo en trance.

—Vine a por Tisha —dijo Darth Vader— Pero no percibí la fuerte presencia de su Fuerza en el templo. Sé que la ocultas Gaius y me vas a decir dónde se encuentra.

Acto seguido, extendió su mano derecha hacia el tambaleante jedi y haciendo gala de la Fuerza Oscura, penetró cruelmente en la mente del general en busca del paradero de Tisha.

Sin embargo, Gaius Dun tenía otros planes.

A pesar de su estado de postración y agotamiento, el intento de Vader de introducirse en su mente apenas representó un ligero bloqueo para Gaius. Su poderoso control mental, fruto de años de entrenamiento en las artes oscuras de la Fuerza era muy superior al del joven Sith. Se enfrentaban ahora en un terreno donde Gaius era el maestro incontestable. Contando con la ventaja táctica, Gaius decidió pasar a la ofensiva empleando su poder oculto. Si aún quedaba alguna esperanza de redimir a la Orden jedi, el general Gaius no dudaría en aplicar el mismísimo poder del Lado Oscuro para conseguirlo.

—No hay muerte, existe la Fuerza—

El maestro Qui-Gon Jinn le planteó la posibilidad de su existencia, la Gran Madre Talzin le enseñó el camino y finalmente Gaius Dun creó y perfeccionó el trasvase de Fuerza Viva estudiando a los Frangawl en el planeta Bardotaa. Dada su peligrosidad, nunca empleó la técnica en combate optando siempre por soluciones alternativas. Pero ya no le quedaba otra opción. Esta era su última esperanza.

La posibilidad de morir en el intento era muy elevada por lo que tendría que actuar con sumo cuidado y decidir el momento exacto en el que detener su acción. Decidido, empleó la escasa energía que aún le quedaba para aumentar su concentración. Inició entonces un proceso de interacción con la Fuerza Viva circundante, generando

una reacción en cadena que se multiplicaba en varios órdenes de magnitud cada pocos segundos. Su comunión con la Fuerza se intensificó integrándose con el entorno de una manera única. Para asombro de todos, su cuerpo empezó a vibrar violentamente mientras una misteriosa aura verdosa comenzaba a envolverlo.

Lentamente, Gaius extendió su puño derecho en dirección a Darth Vader. Un misterioso halo de luz fue exhalado súbitamente por el brazo de Dun hacia su oponente, quien fue arrastrado violentamente varios metros hacia atrás, estampándose contra una pared bajo un gran ventanal. El aura de Gaius se hacía cada vez más intensa y repentinamente se trasladó al cuerpo de Vader quien se vió envuelto por una intensa luminiscencia verde. El Sith se tambaleaba a medida que una serie de rayos de color verde giraban a su alrededor de forma vertiginosa. Gaius abrió su puño y llevó la mano hacia su pecho, no sin cierta dificultad. De repente, un potente rayo lumínico de color verde acompañado de un gran estruendo partió de Darth Vader para penetrar en el cuerpo de Gaius Dun, quien se vió zarandeado con violencia.

El jedi absorbió entonces una ingente cantidad de Fuerza Viva extraída de Vader, quien a su vez se debilitó cayendo de rodillas. Su cuerpo no le pudo sostener y se desplomó hacia adelante, evitando darse de bruces en el último momento anteponiendo sus manos. Gaius sintió como el flujo de la Fuerza crecía exponencialmente hasta que su vitalidad estaba próxima a alcanzar la plenitud. El proceso estaba ya a punto de descontrolarse cuando Gaius logró detenerlo, salvando su vida in extremis. Los rayos de luz verde desaparecieron súbitamente con un gran estruendo. Una gran onda expansiva se proyectó desde el centro de la sala hacia el exterior. La energía propagada arrojó a los troopers fuera del edificio a través de los ventanales, cuyos cristales quedaron hechos añicos por la conflagración. Algunos de los soldados se estrellaron contra las paredes del recinto, quedando inconscientes.

Todo había durado apenas unos segundos.

El general se puso en pie con determinación. Señaló con su brazo en la dirección en la que reposaba su sable de luz y éste llegó volando hacia su mano. Avanzó paso a paso, lentamente, hacia su oponente mientras su túnica y cabellos ondeaban con la brisa que se filtraba del exterior. Con cada paso, el suelo temblaba bajo su presencia, demostrando la Fuerza que emanaba de él. Su mirada serena y

penetrante se mantenía fija en su rival, revelando una profunda conexión con la Fuerza.

El siniestro Sith yacía todavía postrado en el suelo. Su imponente figura, humillada, se tambaleaba en un vano esfuerzo por incorporarse. Con dificultad, logró fijar sobre el maestro jedi una mirada desafiante y cargada de desesperación.

Al llegar a su altura, el general activó su sable de luz con un movimiento fluido. Una brillante columna de luz morada emergió de la empuñadura iluminando el rostro de ámbos con un resplandor cálido y desafiante.

—Me temo que no podré hacerte prisionero, Vader —le espetó Gaius con ironía.

—¿Vas a matarme, Gaius? —inquirió Vader con rencor—. ¿Acaso piensas vengarte?

—¿Tal y como hiciste con el Almirante Trench o con el Conde Dooku? No, Vader. No soy un asesino —respondió Gaius Dun con voz firme y profunda—. La venganza no es propia de los Jedi. Nunca mataré a un oponente desarmado. Solo quería que contemplases mi rostro iluminado por mi cristal de Kyber. Quiero estar en todas tus pesadillas.

Los ojos del joven Sith, que antes irradiaban ira, reflejaban ahora un odio infinito. Su respiración agitada se escuchaba como un lamento abrumador mientras intentaba recuperar el aliento. Las manos, que unos minutos atrás empuñaron su sable láser con ferocidad y destreza, se aferraban ahora al suelo intentando infructuosamente encontrar algún apoyo que le permitiera ponerse en pie.

El jedi era conocedor del peligro que representaba mantener a Darth Vader vivo. Pero también sabía que el verdadero poder de un jedi radica en su voluntad para defender lo correcto, sin importar las adversidades que encontrase en su camino, incluso cuando se enfrentaba a las tentaciones más seductoras. De todos modos, aunque se recuperara, el joven Sith nunca alcanzaría la plenitud de su poder potencial tras el trasvase de Fuerza al que fue sometido.

—Conozco bien el Lado Oscuro, Vader. Estuve allí muchas veces —señaló Gaius—. Pero te aseguro que allí no encontrarás paz ni redención. La Fuerza es como un río que fluye buscando el equilibrio

y lo alcanzará de nuevo devolviéndote un sufrimiento terrible. Similar al que estás causando —profetizó el maestro.

—¿Crees que me asusta el dolor? —gritó Vader envuelto en una ira furibunda—. Erradiqué todo temor en mi camino hacia el poder absoluto. Abracé el Lado Oscuro por elección, no por debilidad. La Oscuridad me está otorgando poderes inimaginables y no me importa pagar el precio. Nada puede detener mi destino y éste es gobernar la galaxia con puño de hierro.

—Un verdadero jedi no debe controlar a los demás ni tampoco permitir que otros lo controlen —continuó Gaius—. No hay nada más despreciable que lo que tu representas en este momento. Eres escoria. ¡Escoria rebelde!

En el momento en que Vader iba a replicar con furia, los dos contendientes percibieron pequeñas vibraciones en el flujo de la Fuerza señalando la presencia de un grupo de clones que estaban a punto de cruzar la puerta de la Gran Sala.

Con agilidad y maestría, Gaius realizó un acrobático salto, elevándose sobre el vano de uno de los ventanales. Allí, adoptó una posición defensiva con su sable de luz listo para la batalla. La silueta del jedi se recortaba majestuosamente en el vano de la ventana mientras su túnica ondeaba al compás del viento.

Sin mediar palabra, los clones comenzaron a disparar desde el quicio de la entrada. Con movimientos precisos, Gaius desvió los rápidos disparos de los blasters, creando una danza luminosa y espectacular en el aire. Los clones, sorprendidos por la destreza del jedi, retrocedieron momentáneamente para replantear su estrategia. Gaius Dun aprovechó este breve respiro para dirigirse por última vez al Lord Sith.

—El Lado Oscuro es poderoso, pero no te dará lo que buscas —se despidió el maestro— Solo obtendrás destrucción y dolor a tu paso. Aún estás a tiempo de liberarte Anakin. Si continúas por esta senda, vas a tomar algo que no podrás dejar.

Dicho lo cual, se lanzó hacia atrás a través de la enorme abertura del ventanal y con una magistral voltereta, aterrizó en el exterior del edificio. Rápidamente divisó el speeder de Aric, el cual estaba rodeado por un pelotón de soldados. Comprobando que aquella era la única amenaza presente en el entorno, apagó su sable de luz y lo colgó en su cinturón. Corrió entonces hacia el aerodeslizador mientras los troopers le salían a su encuentro. Sin inmutarse, hizo un

vigoroso gesto hacia ellos con su mano abierta y los clones salieron despedidos con extrema brutalidad en una imponente demostración del poder de la Fuerza que fluía por el jedi.

De un salto aterrizó en el asiento del acompañante y con teatralidad se giró hacia su leal droide astromecánico, quien ocupaba el asiento del conductor.

—Vámonos Mix-four, tenemos que visitar a unas viejas conocidas en el nivel 1313. Desactiva el control de velocidad y no te detengas ante nada.

El viejo pero fiable RGC-16 de Tarek arrancó a toda velocidad y el droide y el jedi se perdieron en la oscuridad de la noche triste de Coruscant.

La Asamblea

Gaius Dun deambulaba en solitario entre las oscuras y peligrosas calles de los niveles más profundos y deprimentes de Coruscant. Sabía que en ese momento era uno de los objetivos prioritarios del ejército de la República y necesitaba acceder a un lugar seguro para ocultarse.

Caminaba vestido con una larga y sucia capa de material muy basto que había hurtado en una sórdida cantina mientras su dueño se encontraba distraído con un número musical. Aquella indumentaria le permitía ocultar su túnica jedi a las miradas indiscretas.

Nada más llegar al nivel 1313 envió a MiX-4 a deshacerse del speeder de Tarek. Le ordenó llevarlo al taller mecánico de las hermanas Martez y negociar con ellas un buen precio. En sus misiones de infiltración durante la guerra había hecho buenos tratos con aquellas pillas e instruyó convenientemente a Mix-four sobre la forma de negociar con ellas. Tenía claro que no le pagarían lo que realmente valía aquel speeder pero al menos obtendría algunos buenos créditos por él. Iba a necesitar ese dinero pronto si quería conseguir billete en algún transporte que abandonase el planeta.

Dirigió sus pasos hacia un viejo bloque de apartamentos. En él se encontraba una pequeña vivienda que usó frecuentemente como tapadera en misiones de espionaje durante las Guerras Clon. Había conseguido el local negociando con unos conocidos gangsters del

Sindicato Pyke. Aquellos traficantes eran gente realmente peligrosa. Siempre estaban involucrados en asuntos turbios de diversa índole. Sin embargo, los Pike le fueron muy útiles como confidentes y para facilitar todo tipo de acciones especiales en la clandestinidad. Las gestiones de Gaius permitieron a la República mantener aquella red de delincuentes bajo control y al margen de la guerra. O por lo menos lejos de la influencia del bando separatista. El tráfico de especias generaba una cantidad desorbitada de dinero que eventualmente podría transformarse en armas en manos de los enemigos de la República. Era mejor tener a los Pyke bajo control, aunque fuese sobornando a sus cabecillas.

Después de dar un gran rodeo para asegurarse de que no lo siguieran o que pudiera ser reconocido por las cámaras de seguridad, Gaius llegó por fin al apartamento. Aparte de pequeño y destartado, no tenía nada de particular. Salvo por supuesto, las cosas jedi que ocultaba en su interior. Camuflado detrás de los paneles del dormitorio se encontraba un potentísimo sistema de comunicaciones herencia de los tiempos en los que los Pyke utilizaban el local en sus prácticas delictivas. El sindicato ponía gran cuidado en asegurarse que su red de comunicaciones fuese completamente inadvertida a los agentes del orden. Aquel equipo podía establecer transmisiones codificadas de largo alcance con prácticamente cualquier lugar de la galaxia. La encriptación empleada en sus mensajes hacía que no pudiesen ser interferidos por las autoridades. Era justo lo que necesitaba y la razón principal por la que había seleccionado esa base para refugiarse, entre los múltiples emplazamientos secretos que la Orden jedi tenía repartidos por el planeta-ciudad.

Sin perder un instante, encendió el equipo de comunicación holográfica y contactó con Selene Voss cuya imagen, tras unos breves instantes, se proyectó en el centro de la pequeña habitación.

—¡Gaius! ¿Estás bien? ¡Intenté contactar contigo muchas veces!
—exclamó Selene con gran preocupación—. Llegan noticias terribles de Coruscant. Dicen que os habéis rebelado contra la República. Acabamos de recibir el mensaje de emergencia del Consejo Jedi y nos dirigimos a través del hiperespacio hacia la capital. Piden que todos los jedi acudamos de inmediato al templo. ¿Ya estás allí?

Las palabras de Selene llenaron a Gaius Dun de angustia e indignación. Comprendió rápidamente la magnitud de la tragedia que se cernía sobre los supervivientes de la Orden.

—Selene, escúchame con atención —replicó Gaius haciendo un visible esfuerzo controlarse—. ¡Ese mensaje es una trampa! He descubierto que el canciller Palpatine es en realidad un Sith y se está haciendo con el control absoluto de la República. Ha dado un golpe de Estado y ordenó destruir la Orden Jedi. Los troopers asaltaron el templo y mataron a todos los que se encontraban allí. ¡Aric está muerto! ¡Kira fue asesinada! ¡Maya también murió! ¡Mace Windu fue asesinado por el propio Palpatine! Yo logré escapar en el último momento y estoy oculto.

—Pero entonces... ¡El mensaje de emergencia del templo es cosa de los troopers! —reflexionó Selene—. ¡Toda la Orden está en peligro!

—Me temo que así es —contestó Gaius—. ¡Debéis volver al planeta Stewjon de inmediato! De momento allí no hay destacamentos del ejército de la República. Estaréis a salvo por algún tiempo. Tienes que ocultar a Tisha y a los demás younglings en un lugar seguro hasta que nos podamos reunir.

—Gaius, ¡los younglings ya no están conmigo!— replicó Selene consternada—. El grupo que entrenaba en Stewjon fue seleccionado para la Asamblea Jedi. Partieron hace ya varios días hacia el planeta Illum al mando de Jaden Korr. Esperaba tu vuelta para darte la gran noticia. ¡Tisha está con ellos!

La Asamblea Jedi es el rito de iniciación fundamental en la vida de todo jedi. Tiene como objetivo que los jóvenes aprendices puedan demostrar su valía y su conexión con la Fuerza. La cueva de los cristales del planeta Illum es un lugar sagrado y místico conocido por albergar una amplia variedad de cristales de Kyber. Éstos son la base para construir sables de luz, siendo la fuente de su poderosa energía y del color de su hoja. El jedi responsable de la Asamblea guía a los younglings a través de los peligros y desafíos de la cueva. De forma individual, cada joven se enfrenta a distintas pruebas emocionales y físicas en las que debe superar sus miedos. Los younglings deben sintonizar con la Fuerza y confiar en su intuición para encontrar el cristal que resuena con su energía única. Al encontrar el cristal adecuado, mostrarán su respeto y reverencia extrayendo el mineral cuidadosamente de su ubicación.

Una vez que los younglings obtienen sus cristales de Kyber, regresan al templo jedi de Coruscant en el venerable crucero de entrenamiento Crisol. La tradición señala que el maestro droide

Huyang empleará el viaje de vuelta para enseñar a los futuros jedi a construir su primer sable de luz. Cada joven aprendiz diseñará y ensamblará su propia arma, utilizando el cristal elegido.

—Aparte del caballero Jaden Korr, ¿los acompañaba alguien más?— inquirió Gaius.

—Como es tradición, viajaban con el droide Huyang —suspiró Selene—. Pero esta vez la nave vino de Coruscant con un pelotón de soldados de asalto como escolta.

Gaius Dun cerró los ojos con angustia.

—Que la Fuerza te acompañe, mi queridísima Tisha —sollozó el general.

Tisha

La corbeta Crisol, clase Paladin, crucero de entrenamiento y vehículo destinado al ritual de la Asamblea Jedi desde los tiempos de la Antigua República, viajaba hacia Coruscant superando la velocidad de la luz. En la aparente tranquilidad del hiperespacio se estaba desarrollando una de las crónicas más dramáticas del final de la Orden Jedi.

Armados con sus recién construidos sables de luz, los jovencísimos younglings no tienen otra opción que enfrentarse en una lucha suicida y totalmente desigual contra un grupo de soldados profesionales obstinados en ejecutar la Orden 66.

Liderados por el caballero jedi Jaden Korr, los niños lograron defenderse con valentía y determinación parapetados en el hangar de talleres de la Crisol. A pesar de su juventud e inexperiencia, los younglings lucharon con heroica obstinación. Utilizando sus sables de luz con destreza, bloquearon los disparos de bláster contraatacando con movimientos ágiles y precisos, llegando a causar incluso algunas bajas al enemigo.

Sin embargo, no se hicieron muchas ilusiones. Sabían que el final estaba cerca y algunos se prepararon conscientemente para ser uno con la Fuerza. El primero en caer fue su líder. Muerto Jaden Korr, la resistencia se desmoronó y el grupo se desintegró. Cada niño buscó la salvación por su cuenta huyendo en distintas direcciones. Ahora eran blanco fácil para los disparos certeros de los troopers.

En mitad de la confusión, el droide Huyang, leal compañero de los jóvenes jedi, consiguió intervenir y tomar el control de la vetusta nave. En un momento de oportunidad, hizo que la nave abandonase el hiperespacio para decelerar a la velocidad subluz, situándose súbitamente en la órbita de un planeta desolado y desértico.

Aprovechando el caos, la única youngling superviviente intentaba huir corriendo a toda velocidad a lo largo de un largo pasillo. La joven Tisha tenía la esperanza de reunirse con Huyang en la proa de la nave y aprovechar el blindaje de la cabina para establecer un punto fuerte en el que defenderse hasta conseguir ayuda. En sus manos portaba dos sables de luz. Uno de luz azul y otro de luz blanca. Para asombro de todos, la niña fue la única youngling que llegó a sintonizar su Fuerza con dos cristales de Kyber distintos. Un hecho inusual que no pasó desapercibido para Korr ni para Huyang.

En mitad de la carrera, se abrió súbitamente una escotilla en el techo del pasillo y por ella se dejó caer un corpulento soldado de asalto. Con la velocidad que llevaba, a la niña no le dió tiempo para detenerse, ni tampoco para encender sus sables de luz para defenderse. Cuando el trooper la apuntó con su bláster, Tisha solo pudo extender instintivamente sus brazos por delante para protegerse mientras continuaba corriendo. Para su sorpresa, sintió un estremecimiento en todo su cuerpo al mismo tiempo que vió al trooper salir despedido a lo largo del pasillo, estrellándose con fuerza contra una de las escotillas de acceso. Durante su reciente formación en el planeta Stewjon, había visto muchas veces a su maestra Selene ejercer la Fuerza sobre diversos objetos, pero ésta era la primera vez que Tisha lo conseguía. ¡Y lo hizo de forma muy contundente!

Preocupada ante la posible aparición de más tropas, Tisha decidió esconderse en una de las numerosas cápsulas de salvamento de la nave, las cuales estaban alineadas a un lado del largo pasillo. Una vez cerrada y asegurada la escotilla, pudo apreciar a través de la ventana de la cápsula que ya no viajaban por el hiperespacio. Se encontraban en cambio desplazándose en la órbita de un extraño planeta marrón que mostraba una aparente falta de vida y vegetación.

Con el peligro tan próximo, Tisha no vió más opción que lanzarse a la aventura, abandonando la corbeta en la cápsula de escape.

Poco después de la eyección, la pequeña nave se deslizó suavemente a través de la atmósfera del desconocido planeta,

dejando una estela de polvo levantado por el aire. Fue descendiendo en medio de la vastedad del planeta desértico, suavizando su trayectoria con retrocohetes para un aterrizaje seguro. Mientras se acercaba a la superficie, Tisha pudo observar la aridez y la extensión ilimitada de un paisaje desolado.

Tras un brusco aterrizaje en el suelo arenoso, la joven esperó pacientemente a que la nube de partículas de arena se disipara en el aire antes de abrir la escotilla. A su alrededor se extendía un terreno arenoso, con dunas ondulantes que se elevaban y caían en suaves curvas. No había señales evidentes de vegetación o agua, solo una paleta de colores tierra y tonos dorados que llegaban hasta donde alcanzaba la vista. La aparente falta de vida creaba una sensación de soledad y silencio.

Pero lo que más llamaba la atención de Tisha eran los dos soles que empezaban a ocultarse en el horizonte. Su luz se filtraba a través del polvo, creando una increíble gama de colores cálidos y brillantes que hacían que todo el paisaje pareciera estar envuelto en un resplandor mágico.

Mientras la noche caía sobre el planeta, Tisha continuaba observando el cielo sabiendo que pronto vendrían nuevos desafíos y aventuras. En ese momento, en medio del desierto y bajo la mirada de los dos soles, la pequeña jedi se sentía llena de determinación y confianza en su camino por delante.



Tras declararse la Orden 66, un grupo de Jedis es rodeado en el Templo por el ejército clon. Deberán combinar sus fuerzas y habilidades para luchar por su supervivencia.